



*Las aventuras de*

**El Genio Proscenio**

# **En Madrid con los Austrias**



MERCÉ VIANA

 DYLAR

**5**



La clase parecía un hervidero. Desde que Pilar les había comentado la posibilidad de ir a Madrid, veinticuatro pares de ojos comenzaron a brillar de una manera especial. Las expresiones de los niños y niñas reflejaban una alegría desbocada y, por un par de segundos, el silencio bailó a sus anchas.

De pronto, una pregunta resonó en el aula:

—¿Lo ha dicho de verdad?

Veinticuatro rostros se quedaron expectantes.

—Naturalmente que lo he dicho en serio. ¿Por qué iba a gastaros una broma?

Las voces de los jóvenes estallaron con multitud de exclamaciones:

—¡Nos vamos a Madrid!

—¡Qué guay!

—¡Qué pasada!

—¡Yo me pondré mis deportivas nuevas!

—¡Y yo los vaqueros que me regaló mi abuela por mi cumple!

—Y yo...

De pronto, la voz de Pilar, la profesora, resonó en la clase con firmeza:

—¡Basta! ¡Esto parece una caja de grillos! Haced el favor de callar, que aún no he terminado.

Los alumnos y alumnas, llenos de una emoción contenida, fueron apagando incluso los murmullos, hasta que el silencio volvió a reinar en el aula.

—Que yo tenga interés en llevar a cabo este viaje, no significa que lo vayamos a hacer.

—¡Vaya! Ya sabía yo que había trampa... —soltó Lucía sin ocultar el disgusto que le habían causado las palabras de su profesora.

—No seas impaciente, Lucía, que aquí no hay trampa que valga. Simplemente, es que he de hacer una reunión con vuestros padres para saber si están de acuerdo. Además, quiero proponerles que vengan dos madres o padres conmigo. Sois muchos y...

—¡Oh, no! ¡Padres no, por favor!  
—dijo alguien.

—Pero si nos portaremos muy bien...

—Eso ya lo sé, pero Madrid es muy grande y os podéis despistar. Mejor si viene alguien más conmigo —comentó la profesora.

La determinación de Pilar no daba pie a negociaciones y los alumnos, en menor o mayor grado, tuvieron que conformarse con sus murmullos cargados de protestas.

Era el segundo año que Pilar tenía a los mismos alumnos y los conocía perfectamente. Reconocía, por los gestos o el tono de voz de cada uno, si habían discutido con sus padres, si estaban enfadados con algún amigo o amiga, si estaban soñadores, inquietos, alegres... La verdad es que la clase comenzaba a ser una especie de gran familia.

A lo largo del mes de septiembre, los niños y niñas de la clase habían demostrado sus ganas de aprender con resultados satisfactorios y Pilar, con la idea de abrir sus mentes a experiencias, tuvo la idea de organizar un viaje a Madrid, aprovechando los días del puente de la tercera semana de noviembre. El viernes era fiesta local y podían disponer de tres días para la visita.

La profesora volvió a mirar a los alumnos y, a pesar del fastidio que algunos intentaban dejar bien patente por la compañía de los padres, sus miradas no podían disimular la ilusión y la agitación interna. Pilar sonrió y les dijo:

—Un poco antes de la salida de clase, os daré una nota para vuestros padres. Espero que no se os olvide entregársela porque si mañana martes no vinieran todos, no podríamos tomar una decisión.

Pilar nunca supo si las palabras “todos” y “decisión” fueron las responsables de que por primera vez desde que fue nombrada tutora de aquellos niños y niñas, estuvieran presentes, al menos, el padre o la madre de cada uno de sus alumnos. Bien fuera la magia de lo que llevaban implícito o bien fuera otra cosa, lo bien cierto era que daba gloria saludar a padres o madres conocidos y, fundamentalmente, a otros que se acercaron por primera vez a una reunión escolar.

Aquí y allá se podían escuchar cosas como:

—¡Hola, María! Ya veo que te has animado a venir...

—¡Cualquiera no lo hacía! Mi hijo

me ha amenazado con dejar de hablarme para siempre. Así que me he tomado una aspirina y aquí estoy.

—Pues yo he tenido que pedir permiso en la oficina. Cuando he dicho que no sabía si podría venir, Paula se ha puesto a llorar de manera tan desconsolada, que no me ha quedado otra...

—.....

—¿Qué tal, Vicente? ¡No esperaba verte por aquí!

—Pues ya ves... Veo a mi hijo tan ilusionado que no he podido negarme...

—.....

—¡Ay, chica, que a mí esto de que pasen dos noches fuera de casa, no lo veo con buenos ojos!

—¡Pues yo que pudiera!

—¿Pero no los ves muy pequeños?

—.....

—Mi marido y yo hemos estado dándole vueltas y no estamos seguros...

—Pues a nosotros nos parece muy bien... ¡Que vean mundo, ellos que pueden!

Pilar dejó diez minutos de margen para dar tiempo a saludar a todos y que llegasen los más rezagados y, a las siete y diez de la tarde en punto, comenzó la reunión. Les explicó que sus hijos tenían edad de hacer viajes educativos y que la ciudad de Madrid tenía tantas posibilidades culturales que estaba segura de que los niños y niñas volverían entusiasmados.

—¿Y no se cansarán? —preguntó alguien.

—Espero que no. Les expondré el programa y comprenderán por qué lo digo.

La profesora le entregó a cada uno de los asistentes un borrador del programa:



## LUGARES IMPORTANTES

### A VISITAR:

- Paseo por la parte antigua de la ciudad: el Madrid de los Austrias.
- Visita al Parque de atracciones.
- Visita al museo del Prado.
- Paseo por el zoológico.
- El museo de las Ciencias.
- El Parque del Retiro.

—Comprobarán que es una propuesta variada —dijo.

—¿Y tendrán tiempo para verlo todo? —preguntó un padre.

—Al menos lo intentaremos —contestó Pilar muy animada.

—¿Y no cree que es casi una temeridad ir con veinticuatro fieras a tantos sitios? —preguntó una señora.

—Mi hija es tan distraída que es

capaz de encantarse ante un semáforo —dijo otra voz.

—¡Uy! ¡Pues mira que el mío! —se oyó a continuación.

—El tuyo será distraído pero Javier se pasa de movido. No sé yo sí... —dijo otra madre.

Antes de que el resto de las madres y padres siguieran el ejemplo de estas primeras, Pilar las cortó con habilidad y les dijo:

—No es que me sienta incapaz de ir sola con mis alumnos pero reconozco que todos nos encontraríamos más cómodos si dos de ustedes pudieran acompañarnos. Con tres adultos, será más difícil tener algún problema.

La respuesta inmediata fue el silencio. A continuación, los rostros comenzaron a reaccionar y, entre sonrisas de asombro, empezaron a oírse comentarios:

—¡Vaya, esto sí que es una sorpresa!

—¡Nunca hemos ido a una excursión del colegio!

—Pero yo no puedo dejar mi trabajo...

—¡Anda, ni yo!

—Además, seguro que un viaje así es muy caro...

—¡Y que lo digas!

—Bueno —dijo la mamá de Víctor y Lucía, los hermanos mellizos—, si este proyecto va adelante, a mi no me importaría ir. Como mi marido se puede quedar en la tienda...

Veintitrés rostros clavaron la mirada en Suni.

De pronto, Amelia, la mamá de Pedrito, dijo mientras levantaba la mano:

—¡Yo también me ofrezco voluntaria! Siempre he tenido ganas de conocer Madrid y no voy a desaprovechar esta ocasión.

—Eso será si aprobamos el viaje, querida —replicó una de las asistentes— que aún no está muy claro.



La reunión continuó entre preguntas, aclaraciones y algunas objeciones hasta que Pilar, viendo que no había más interrogantes entre los asistentes, les propuso que se lo pensarán tranquilamente en casa y que dos días más tarde volvieran a reunirse para tomar una decisión.

A todos les pareció bien y se despidieron de la profesora hasta el jueves a la misma hora.

Cuando los padres y madres salieron del colegio, se encontraron a sus hijos esperándolos con tanta impaciencia, que parecían salirseles los ojos.